

## Peirce y Grecia

Jaime Nubiola

Grupo de Estudios Peirceanos

Universidad de Navarra

jnubiola@unav.es

Sara Barrena

Grupo de Estudios Peirceanos

Universidad de Navarra

sbarrena@unav.es

*Hace ya muchos años, antes de que las sacudidas modernas alisaran todos los pliegues de la cara de la tierra, sucedió que este escritor, que era entonces un hombre joven al que le gustaban los viajes, desembarcó, una luminosa mañana de verano, de un vapor egeo en una pequeña ciudad de Tesalia, Volos.*

C. S. Peirce, MS 1561, 1892.

Así empieza el único relato de ficción escrito por Charles S. Peirce. En su historia, hay alfombras que fascinan, mujeres que cautivan; hay ritos, aromas a laurel, adelfas, terebinto, romero o violetas; hay sabor a higos, uvas, “pudines de sangre, composiciones científicas de carne picada, calabazas, tomates y otros sueños más allá de las palabras”. Hay montes que aparecen moradas de gigantes y de centauros y festines de abundancia homérica. Hay cantos de diferentes clases; amistades intensas, selladas con pactos de sangre, y, en definitiva, un “torrente de recuerdos que inunda sus sentidos”. No es casualidad que el único relato

escrito por Peirce transcurra en Grecia. Su propósito al escribirlo era hacer comunicable lo que vio y sintió en aquel país que visitó en 1870. Ningún otro lugar del mundo impulsó a Peirce a escribir relatos. De entre todos los lugares que visitó a lo largo de su vida, solo Grecia le movió a intentar apresar su espíritu de una forma “puramente estética”.

Desde joven, Peirce sintió una conexión especial con el espíritu griego, tanto con el lugar y su historia como con el pensamiento de los primeros filósofos. En este texto, intentaremos, en primer lugar, desentrañar los elementos biográficos que hicieron que Peirce se sintiera cercano al mundo griego; prestando especial atención a su viaje de 1870 y al relato de ficción escrito en 1892, –escrito con motivo de ese viaje–. En segundo lugar, resaltaremos la influencia que tuvo el pensamiento griego en la filosofía de Peirce; el cual, como escribió Max Fisch (1971), llegó a ser decisivo a la hora de dar forma a su pensamiento maduro.

### La presencia de Grecia en la vida de C. S. Peirce

El primer contacto de Peirce con la cultura griega tuvo lugar, probablemente, por medio de Evangelinos Apostolodis Sophocles. Evangelinos nació en 1807 en Tsagkarada, un pueblo de Tesalia oriental situado en la ladera del monte Pelión. Este peculiar personaje griego fue monje ortodoxo en un monasterio, antes de emigrar a Estados Unidos. Allí, él ejerció como profesor de griego en Harvard hasta su muerte, en 1883. Fue nombrado tutor de griego moderno en 1842 y profesor de griego antiguo, medieval y moderno en 1860; lo que probablemente constituyó el primer nombramiento académico de griego moderno en el mundo occidental. Sophocles fue un pionero de los estudios griegos modernos y, en su época, se convirtió en un influyente

personaje en la comunidad de Cambridge. Como se afirma en la página del programa de griego moderno de la Universidad de Harvard: “Durante más de cuatro décadas, y en un tiempo muy turbulento para Grecia, Sophocles trabajó diligentemente sobre la lengua griega y su historia, ganándose el respeto y la admiración de todos por su erudición, su ingenio, su amabilidad y, también, por sus muchas excentricidades. Pronto se creó un mito personal alrededor de su nombre” (Rapti, s. f). Por su parte, George Herbert Palmer escribió que “en su comportamiento y forma de hablar, las cuáles reflejaban una cierta simplicidad de su estructura mental, (Evangelios) era el hombre más homérico que he conocido nunca” (Palmer, 1891, 788).

Se sabe que Sophocles visitaba con regularidad la casa de los Peirce. Charles afirma que, desde su niñez, tenía con él una “relación familiar” (MS 648, 52, 1910). Francis Greenwood Peabody, profesor de teología en Harvard y coetáneo de Peirce, describe así la que podía haber sido también su propia experiencia:

Entre estos visitantes frecuentes y desde el punto de vista de un chico, el más inquietante, era la extraña y exótica figura del profesor Evangelinos Apostolodis Sophocles, con su tupida barba y sus brillantes ojos salvajes. Su formidable apariencia ocultaba una naturaleza inocente (...). Su tío Constantinus, monje y tesorero en un monasterio del monte Sinaí, le había formado de niño. (...) El profesor Sophocles aparecía en casa de mi hermana a las horas más sorprendentes y se sentaba en silencio, aparentemente absorto en contemplar intensamente a su anfitriona. Habiendo disfrutado suficientemente de esta observación contemplativa, se retiraba tan calladamente como había llegado. La impresión que causaba, de esta manera, en

un chico pequeño era de miedo mezclada con una intensa curiosidad, por ver qué haría a continuación esta extraña figura (Peabody, 1935, 17-18).

Sophocles llegó a convertirse en profesor, amigo y mentor de Peirce (Fisch, 1971, 204). Éste lo menciona en varios de sus manuscritos y, en una ocasión, afirma de él que “era un curioso observador de muchas otras cosas, además de los hábitos de los infinitivos aoristos” (MS 682, c. 1913). Relata a continuación cómo pasaban las tardes juntos; observando, por ejemplo, un sapo que había perdido un ojo y cómo era capaz de adaptarse para sobrevivir. Peirce tenía varios libros de Sophocles<sup>5</sup> y, durante su viaje a Grecia, llevaba cartas de presentación escritas por él.<sup>6</sup> A lo largo del viaje, Peirce le tiene presente; por ejemplo: cuando escribe a Zina (carta de 28 de agosto de 1870), que los oficiales de la aduana de Constantinopla le habían recordado a él Quizá los estrechos lazos con este personaje motivaron a Peirce a describir a los griegos - en su Carta a Lady Victoria Welby, 9 de marzo 1906, L 463- como “criaturas extrañas; pero la gente de naturaleza más cálida y simpática del mundo”.

Además de su conexión con Sophocles, Peirce estudió griego y latín en Harvard. Sabemos que, en su época de estudiante, leyó la *Ilíada* con Sophocles y con Cornelius C. Felton, profesor de literatura griega; usando la edición del propio Felton. Como escribe Max Fisch: “(...) a partir de su

---

<sup>5</sup> Aparecen listados en MS 1555, 1858.

<sup>6</sup> Esas cartas estaban dirigidas a Demetrio Gialopoulos, que en la novela aparece como “el alto o Gialopoulos”.

época universitaria, era un *geiser* del griego de Homero y del latín de Horacio” (Fisch, 1971, 205). En su relato, Peirce escribe sobre el conocimiento que tenía su protagonista sobre griego moderno, “(...) tan ligero como había sido capaz de infundirle el entusiasmo del querido profesor Felton en la escuela: griego correcto de un periódico ateniense, no demasiado parecido al griego vulgar de Tesalia” (MS 1561, 1892).

Por otra parte, la única tesis que Peirce dirigió a lo largo de su vida (1883), la de su alumno en Johns Hopkins University, Allan Marquand, trataba precisamente de la filosofía griega; en concreto, sobre la lógica de los epicúreos. Peirce estudió a Filodemo junto con Marquand, descubriendo en él lo que denomina una “teoría de la inducción” (Fisch, 1971, 190-91). De hecho, durante esos años, descubre en los griegos “un jardín de bellas y fructíferas sugerencias” (CP 1.364, c.1890); sugerencias que desarrollará en su “*Guess at the Riddle*” de 1887 (Fisch, 1971, 192).

Ese es solo uno de los muchos acercamientos que Peirce hace al mundo griego a lo largo de los años. Fisch afirma que fue en el periodo cosmopolita (comprendido entre los años 1870 y 1887), cuando Peirce llegó a tomarse en serio a los griegos (Fisch, 1971, 187). Uno de los factores que pudo influir fue, por supuesto, su visita a Grecia. A continuación, se describe el impacto que le causó ese viaje.

### El viaje de Peirce a Grecia

Peirce visitó Grecia en 1870, durante el primero de los cinco viajes por Europa que realizó como parte de su trabajo en la *United Coast and Geodetic Survey*, entre junio de 1870 y septiembre de 1883. El primer viaje, en concreto, tuvo lugar entre el 18 de junio de 1870 y el 7 de marzo de 1871; en total: casi nueve meses. El principal objetivo de ese viaje era

identificar las localizaciones adecuadas en el Mar Mediterráneo, para observar y estudiar el eclipse total de sol, dado durante el mediodía del 22 de diciembre de 1870. El itinerario de Peirce en ese primer viaje incluyó Londres, Berlín, Dresde, Praga, Viena, Pest, el río Danubio, Varna (Bulgaria), el mar Negro y Constantinopla. Desde allí, Peirce recorrió el que iba a ser el trayecto del eclipse; esto es: las localizaciones en las que el eclipse total sería visible, explorando los lugares más adecuados para la observación científica, tanto en Grecia como en Italia y en España. Finalmente, se unió al equipo que observó el eclipse en las cercanías de Catania, en Sicilia. Puede afirmarse que “ese viaje constituyó una experiencia realmente importante para el joven Charles Peirce, quien estaba visitando Europa por primera vez. Sus cartas estaban llenas de las impresiones que los distintos lugares causaban en él” (Barrena y Nubiola, 2009, 5).

Peirce llegó a Grecia desde Constantinopla, de donde partió el 3 de septiembre de 1870, a bordo del vapor *Neptune*. Tal como escribe a su esposa Melusina Fay, en su carta del 2 de septiembre<sup>7</sup>, se trata de una visita que afronta con una mezcla de temor y espíritu aventurero:

Mañana salgo para Volos, no Salónica, y llego a Volos el siguiente viernes, 6 días para llegar. Una vez allí comienzan mis dificultades. No puedo imaginar qué voy a hacer o cómo me las voy a arreglar. Tengo treinta millas más para llegar a Larisa. No puedo hablar ninguna lengua que pueda entender; no sé cabalgar y es la única manera de ir;

---

<sup>7</sup> Los originales de las cartas correspondientes a los viajes de Peirce por Europa junto con la transcripción y traducción al castellano pueden encontrarse en: <https://www.unav.es/gep/CorrespondenciaEuropeaCSP.html>

el clima no es todavía demasiado saludable allí, de modo que puedo sufrir una fiebre, y no puedo salir de Volos durante una quincena, después de llegar allí. No hay agente consular ni nadie en Volos para ayudarme. Temo que esa quincena será bastante desagradable. Tendré que comprar una silla, cinchas y un par de revólveres Colt y tomar quinina todo el camino. (...) Es posible que, en Volos, escuche tales noticias de Larisa o del viaje que abandone el esfuerzo; pero pienso que eso es extremadamente improbable. El barco parará en Volos durante ocho horas, de modo que tendré tiempo para algún reconocimiento.

El 4 de septiembre, ya a bordo del barco, vuelve a escribir a su esposa desde el Helesponto, insistiendo en los peligros del viaje:

Hasta ahora, mi viaje a Larisa ha sido muy cómodo. Conseguí todos los arreos para un caballo, excepto las alforjas. Pienso que puedo encontrarlas en Volos, aunque quizá las compre en Salónica, y también compre un revolver más bien pequeño. Siento un poco no haber comprado dos grandes, porque todo el mundo dice que es muy probable un ataque de bandidos y, en caso de que suceda, es muy deseable tener armas en condiciones. También me he enterado de que apenas se considera seguro ir ahora a Larisa, a causa de la fiebre; así que he empezado a tomar pequeñas dosis de quinina a diario, como se recomienda.

Está claro que Peirce consideraba su viaje toda una aventura, una visita a un lugar lleno de bandidos y donde podía fácilmente sucumbir a las fiebres. Sin embargo, enseguida comenzó a sentirse fascinado por el lugar. El día 5 continúa escribiendo a su esposa desde el barco:

Todo aquí es suave. El sol es caliente, mucho más caliente que en Constantinopla, pero te quema de una manera tan cortés que no piensas en ello. El cielo es brillante; pero no con el resplandor que frecuentemente vemos en casa y al que es doloroso mirar, sino brillante; de modo que no puedes apartar los ojos de él, para admirar su belleza. El aire tiene una suave bruma en él y los colores son de tonos armoniosos (...). Navegamos pacíficamente sobre un mar como un espejo y no podemos alzar nunca nuestros ojos, para mirar a la orilla, sin una nueva admiración. Montañas desiguales, escarpadas, abruptas, forman la orilla; cuyos lados marrones producen bellos efectos de sombra, cuando estás cerca de ellos. En la distancia, estas montañas se ven una detrás de otra, unas más azules que otras en la bruma, y que, no menos claramente perfiladas, producen otro efecto como de cuento de hadas. O quizá son más bellas por la noche; cuando la luna, justo ahora en su primer cuarto, ilumina la neblina, entonces más densa. En ese momento, aparecen misteriosas y silenciosas las montañas, por encima de dicha niebla y sobre el agua tranquila. Es, en resumen, todo tan de cuento de hadas que, en lugar de lamentar que tenga que durar hasta el viernes, casi desearía poder estar yendo a Volos por toda la eternidad.

En esa misma carta, Peirce vuelve a referirse a los peligros del viaje:

Esta tarde llegaremos a Salónica, para permanecer allí hasta pasado mañana. Quizás tomaré un caballo allí e iré a Larisa y, a través de ella, a Volos. Si averiguo que puedo llegar para el viernes, de modo que pueda tomar este mismo barco en Volos, lo haré; pues, aunque el viaje es más largo, sería un gran ahorro de tiempo: quizás una quincena completa.

También creo que sería más seguro respecto a los bandidos; porque mi peligro es que, si voy a Volos y salgo desde allí a Larisa, los bandidos griegos oirán hablar del rico señor inglés y vendrán a mi encuentro durante mi regreso. Mientras que, si salgo desde Salónica, estaré bien dentro del territorio turco y estaré viajando hacia Grecia, tan rápido como sea posible todo el tiempo.

Desde ahí, se interrumpe la correspondencia hasta el día 15, cuando escribe a su esposa, contándole que sus miedos eran infundados:

Antes de ir a Volos, la gente me habló tanto de la imprudencia de ir allí en esta época, a causa de la fiebre, y también de la cantidad de bandidos en el campo que no me sentía en absoluto seguro de llegar a ir. Sin embargo, aquí estoy. Encontré que habían exagerado ambos peligros. Es verdad que hay mucha fiebre allí y también que la gente tiene miedo de caminar una milla fuera de la ciudad sin armas; pero una dosis de quinina mantiene alejada a la primera y el camino a Larisa está lleno de soldados. También me dijeron que no había camino para carruajes hasta Larisa; pero eso resultó falso, por lo que la silla de montar que compré en Constantinopla era del todo innecesaria. La moraleja es que, en Constantinopla, no saben tanto como pretenden sobre Tesalia.

En 1870, Grecia estaba gobernada por el rey danés Jorge I, quien había sido impuesto, por las potencias europeas, como sucesor de Otto de Baviera en 1863. Sin embargo, la zona que visitó Peirce, Tesalia, una región del noroeste -separada de Macedonia por el monte Olimpo-, estaba todavía en poder de los turcos. Aunque Grecia se había

independizado del imperio otomano en 1829, Tesalia no fue anexionada hasta 1881. Como escribe Peirce en su novela: "Volos estaba formado por dos colonias separadas: la ciudad de los griegos nativos, llamada Magasia, y la pequeña fortaleza de sus opresores turcos, ya que toda Tesalia estaba entonces en manos de los turcos". La zona era una mezcla de culturas. Como afirma Peirce, en su carta del 15 de septiembre, la ciudad de Volos, era "una ciudad de apariencia extraña: ni turca ni europea".

No es de extrañar el miedo inicial de Peirce a viajar a Grecia. Apenas un año antes, en 1869, una visita a Atenas de los príncipes de Gales había culminado con el asesinato de un grupo de turistas británicos e italianos. Reinaba allí una sensación de inseguridad y desorden. Grecia trataba de hacerse un hueco en Europa, pero seguía siendo un país muy pobre. La población era mayoritariamente analfabeta y muchos griegos emigraban a Estados Unidos.

Larisa era el primer lugar, dentro del recorrido del eclipse, que Benjamin Peirce debió de indicar a su hijo que visitara<sup>8</sup>. A continuación, Peirce visitó Volos. En sus notas, Charles afirma que le pareció "delicioso" y señala la profusión de olores y de vegetación; se refiere también a los tejados de

---

<sup>8</sup> En el informe oficial sobre el eclipse solar del 22 de diciembre de 1870, Benjamin Peirce afirma lo siguiente: "Aprovecho esta oportunidad para mencionar la amabilidad del Sr. Henry Suter, vice-cónsul de Su Británica Majestad en Larisa y Volos, quien, cuando se consideraba enviar una partida a Larisa, otorgó todas las facilidades para la prosecución de las investigaciones y estaba dispuesto a ayudar todavía más, si se hubiera decidido establecer una estación [de observación] cerca de aquella ciudad". [Fuente: "Appendix No. 16a. Report on the Eclipse of the Sun on the 22nd of December, 1870, by Benjamin Peirce, LL.D., Superintendent United States Coast Survey", *Report of the Superintendent of the United States Coast Survey Showing the Progress during the Year 1870*, Washington, Government Printing Office, 1873, p. 232.]

pizarra, al vino y a los cipreses y nogales. Además de Larisa y Volos, Peirce visitó Salónica y Kavala, donde el barco que le llevaba a Grecia desde Constantinopla realizaba paradas. Sobre Kavala, que todavía pertenecía entonces al imperio otomano, afirmó, en su carta del 5 de septiembre, que era “la primera ciudad amurallada que he visto”.

De entre los lugares que Peirce pudo ver en Grecia, quedó cautivado por el monte Olimpo, del que habla en su relato como “todo menos una montaña indiferente, con sus envanecidas alturas de mármol, el mismo ejemplo de la sublimidad”. En su carta del 5 de septiembre, describe así el momento cuando lo vio desde el barco, por primera vez:

Quando me he levantado esta mañana, había estado lloviendo y había bastante humedad, neblina y nubosidad. Allí estaba para ser visto el monte Olimpo, que parecía muy grande y como si pudiera ser perfectamente la morada de los dioses. Su base estaba oculta en la niebla. El color de la cima apenas se distinguía de la ligera nube que flotaba alrededor de ella. Parecía casi dudoso si pertenecía a la tierra o al cielo.

Peirce describe también los montes Osa —llamado en la actualidad “Kissavos”— y Pelión. El 15 de septiembre escribe lo siguiente:

El paisaje en Tesalia es muy bello. El Olimpo es enorme, Osa es una montaña muy bonita y el Pelión es pintoresco. Las noches a la luz de la luna son magníficas. En dos de ellas, estuve fuera toda la noche. Durante una tercera, me senté hasta tarde con algunos jóvenes en la orilla de la bahía, la cual estaba del todo encantadora, y ellos cantaron en griego extraordinariamente bien.

Una escena semejante aparece narrada en el reto. Peirce visitó además el monasterio de San Dionisio; como contará años después, en una carta del 7 de junio de 1894 a Daniel Gilman: “Todos los monasterios del monte Olimpo están dedicados a la Santísima Trinidad. El único que yo visité está dedicado, además, a san Dionisio”<sup>9</sup>.

Ese monasterio aparecerá también descrito con detalle en el relato y se cuenta en él la cordial acogida de los monjes. Aunque no lo logró, Peirce tenía la intención de prolongar su visita a Grecia, como escribe el 15 de septiembre: “Averigüé que ir hasta Atenas implicaba una estancia tan larga en Volos que, lamentándolo mucho, lo dejé. Pero quizá pueda todavía volver allí. La dificultad es que, tristemente, el tiempo ahora me aprieta”. Peirce contemplaba también la posibilidad de volver allí antes de regresar a Estados Unidos, en caso de que el lugar fuera finalmente elegido para contemplar el eclipse. Esto le permitiría, además, visitar a los parientes de su amigo Sophocles:

Al llegar a Volos (...), pregunté por Mr. Demetrio Gialópoulo, para quien tenía una carta, y fui llevado a su casa, donde me alojé. Era un anciano agradable, muy cordial y amigo de Sophocles. (...) Al ser mis movimientos tan apresurados, no tuve tiempo para ponerme en contacto con los parientes de Sophocles, quienes están a unas 10 horas de Volos. Lo sentí mucho. Si vuelvo en diciembre, trataré de verles (carta de 15 de septiembre).

---

<sup>9</sup> Carta de Charles S. Peirce a Daniel Coit Gilman, 7 de junio 1894; Daniel Coit Gilman Papers, MS 001, Johns Hopkins Sheridan Libraries, Accesible online en <http://jhir.library.jhu.edu/handle/1774.2/42860>.

Aunque Peirce afirma, en su carta del 15 de septiembre, que “en conjunto, no me parece que Tesalia sea muy agradable”; muchos detalles indican, sin embargo, que finalmente debió de quedar más impresionado de lo que reconocía abiertamente. Es evidente que Grecia le sorprendió para bien y le fascinó, como les ocurría a muchos otros viajeros de la época.<sup>10</sup>

Escritores y artistas quedaban cautivados por Grecia y soñaban con una “Hélade más brillante” (Beaton, 2011); quizá porque, como escribió el poeta Shelley (1821), en su obra *Hellas*: “(...) todos somos griegos. Nuestras leyes, nuestra literatura, nuestra religión, nuestras artes tienen sus raíces en Grecia”. A Peirce le llamó la atención el modo de vida de Tesalia. Describe en sus cartas detalles de las casas o de la comida:

Uno de los mejores platos es un membrillo horneado que se vacía y se rellena de carne, como un pastel de carne picada, cubriéndolo todo con salsa de tomate. Es muy bueno. El vino tiene un sabor muy fuerte a colofonia y es

---

<sup>10</sup> Peirce menciona en sus notas a Charles-Nicolas-Sigisbert Sonnini de Manoncourt, naturalista francés que publicó en 1801-1802 *Voyage en Grèce et en Turquie*; una crónica de su viaje por esos países, donde describe con detalle las costumbres griegas y pone de manifiesto su amor por esa tierra. Como señalan los editores de W 8 (461, 463), Peirce se inspira, en algunos puntos de su relato, en el libro de Sonnini. Por ejemplo, en una conversación entre bandidos o en la siguiente descripción que hace Peirce en su relato de Panatele Maurokordato, el patriarca de una famosa familia griega. Dicha descripción está tomada, casi literalmente, del libro de Sonnini: “el propietario les salió al encuentro. Era un hombre de estatura casi colosal; su amplia cara, quemada por el sol; sus grandes ojos tesálicos, ensombrecidos por unas cejas excesivamente gruesas y largas, más negras que el azabache, igual que su rizado pelo y su pesada barba. Tenía una mirada severa y oscura y cada rasgo de su semblante indicaba dureza de corazón: a pesar de todo, su porte era distinguido y espléndido”.

muy astringente. Pero la uva supera a cualquiera que haya probado nunca. Son maravillosas y supongo que debo de haberme comido casi la cosecha entera.

La impresión que Grecia le causó a Peirce perdura a lo largo de los años. Alrededor de 1911, apenas tres años antes de su muerte, menciona su paso por la región de Ftiótide, al hablar de la paradoja de Aquiles y la tortuga (CP 6.182)<sup>11</sup>. Uno de los ejemplos más famosos de Peirce sobre la abducción está basado también en su viaje:

Una vez llegué a un puerto de mar en una provincia turca. Mientras caminaba hacia la casa que iba a visitar, me encontré con un hombre a caballo, rodeado de cuatro jinetes, sosteniendo un dosel sobre su cabeza. Como el gobernador de la provincia era el único personaje del que podía pensar que recibiera tan gran honor, inferí que era él. Esto fue una hipótesis. (CP 2.625)

Veintidós años después de su visita, Peirce se siente impulsado, como se expone a continuación, a escribir un relato sobre Grecia en el que afirma esto: “en noches pasadas así, bajo la luna y las estrellas, el joven americano aprendió a sentir con qué generoso fuego arde el corazón griego y llegó a estar

---

<sup>11</sup> Esa escena aparece narrada en el relato de Peirce del siguiente modo: “Para no agotar su bienvenida, el invitado decidió arrancarse de allí y subir hacia el interior del país. Así que encargó una braganza (pronunciado en griego bhraghan'za), que resultó ser un vagón cubierto con un asiento: una especie de litera colgada de unas correas; pero desprovista de muelles. Llegó a la casa una tarde, después de la cena, y, gracias a la amabilidad de los Giallopoulides (los apellidos en griego se forman fundamentalmente en -ides), se llenó de cojines y pieles y de una buena provisión de los cuatro alimentos principales en la vida griega: higos, aceitunas, uvas y vino”.

infestado de un furor por la Hélade y las cosas helénicas que la edad no ha podido nunca extinguir" (MS 1561, 1892).

El relato: *Topographical Sketches in Thessaly with Fictional embroideries*

*Topographical Sketches in Thessaly, with Fictional Embroideries* es el relato escrito por Peirce (MS 1561, 1892), a raíz de su viaje por Grecia. En este relato, Peirce pretende recoger, en forma de ficción, las impresiones que tuvo durante su visita a dicho país. En su carta a Francis C. Russell, el 4 de mayo de 1892 (L 387), el filósofo describe su relato como "la historia de las aventuras de un joven viajero en Tesalia (...), cuando la región era casi salvaje. Tiene una atmósfera bastante poética y transmite la impresión de ser verdadero; pero las aventuras son bastante sorprendentes"<sup>12</sup>

Se dice que este relato fue escrito en un solo día; aunque, como es propio de Peirce, no dejó de intentar mejorarla. Él afirmaba, en su Carta a Paul Carus del 8 de mayo de 1892 (L 77), que el relato estaba escrito para ser leído en voz alta: "Es interesante y bonito, ampliamente descriptivo y pensado para ser leído en voz alta". Sin embargo, el 26 de marzo de 1892, había escrito a Richard Watson Gilder, editor de la revista *The Century*, ofreciéndole su historia (W 8, lxxii). El primero de abril, después de una respuesta positiva de Gilder, Peirce le envía su manuscrito, junto con una carta en la que expresaba sus dudas de que fuera adecuado para *The Century*; pero mostrándose esperanzado: "(...) me atrevo de

---

<sup>12</sup> Los fragmentos de la correspondencia sobre *Thessaly* los debo a Christian Kloesel, de la Peirce Edition Project, Indiana University, Indianapolis..

todos modos a pedirle que lo lea (...); si usted pensara que el estilo sería popular, podría escribir media docena (de relatos) más; describiendo paisajes pintorescos, con un joven bobo e ingenuo que pasa temibles apuros en ellos, y todo de una manera poética e inocente" (W 8, lxxii). Incluso después de enviar a Gilder su manuscrito, a finales de marzo, Peirce no dejó de trabajar para mejorar la historia (W 8, lxxii).

El viernes 22 de abril por la noche, Peirce leyó por primera vez su relato ante un selecto grupo. Al mes siguiente, le cuenta a Frances Russell, sobre esa lectura, que había sido ante "algunos de los mejores jueces de tales cosas" y afirma que quedaron "muy impresionados y encantados" con su historia. Peirce dice que la lectura le había llevado hora y media, pero que "no fue en absoluto aburrida" (Houser, 2010, 58). En otra ocasión, en carta del 9 de marzo de 1906 a Lady Victoria Welby (L 463), afirma que su historia producía con fuerza el efecto para el que había sido producida y que impresionó, especialmente, a varios poetas.

Se sabe que Peirce volvió a leer su historia en una o dos casas de amigos, según una carta de John Fiske a William James (22 de enero de 1893); al parecer, dicha lectura se dio en casa de su hermano Jem Peirce. Durante un tiempo, estuvo además intentando organizar una sesión para leerla en Chicago. Le escribió a Paul Carus sobre esa posibilidad, ofreciéndose a ir a Chicago, si le aseguraba una audiencia lo suficientemente grande para cubrir los gastos (W 8, lxxix). Después, sin embargo, decidió no seguir adelante con tal posibilidad, para dedicarse al estudio.

De alguna manera, Peirce se sentía orgulloso de su relato, de su "sencillez". Quizá por ser su primer intento de escribir algo de ficción, Peirce demuestra una cierta emoción, semejante a la de un niño quien, por primera vez, hace algo. Lo consideraba como algo bonito, fresco, interesante y bien

adaptado a ilustraciones xilográficas; contrario a todas las modas que preveleían entonces en las historias; puesto que, según Gilder –en carta a Peirce del 26 de marzo de 1892–, no se ocupaba de emociones intrincadas o mezcladas. La vulgaridad y el simplismo del relato hoy en día llamaría la atención de los lectores contemporáneos. Esto puede deberse precisamente a que el texto estaba hecho para ser leído en voz alta, presentado como un relato de aventuras ante una audiencia, en una de las peculiares veladas de la época. Peirce debía de leerlo con convicción y fuerza: según John Fiske en Carta del 14 de junio de 1893 (L 146) y quien asistió a una de esas veladas, el relato de Peirce “(...) era tan real como las uvas de Zexis que los pájaros intentaban picotear”.

Peirce escribió su historia en una época en la que necesitaba dinero y John Fiske le había recomendado entrar en el circuito de conferencias públicas. Peirce comenzó entonces a preparar unas cuantas charlas sobre temas populares. Uno de sus primeros intentos sería este relato. Sin embargo, no parece que el dinero fuera su única motivación. Como escribe Nathan Houser (W8, lxxiii):

Es sorprendente que Peirce emprendiera este complicado proyecto de escritura en ese momento de su vida, ya que era un género nuevo para él y las oportunidades de obtener ingresos importantes no habrían sido buenas. Es verdad que Peirce pensaba que su historia resultaría en una charla muy popular y que tenía mucha confianza en sus habilidades como orador. Sin embargo, dada la considerable investigación histórica, geográfica y lingüística necesaria para darle a su cuento la distinción genuina que debía tener, y dada la extensión misma de la historia –la cual llegaba a 12.000 palabras en la forma en que se la envió a Gilder–, Peirce debía de haber sabido que el esfuerzo puesto

en el cuento le habría proporcionado altos ingresos; si lo hubiera dedicado, probablemente, a escribir en una de las muchas áreas en las que era experto. Considerando todo esto, parece poco probable que el motivo más profundo de Peirce fuera el monetario.

En parte, era la novedad de escribir ficción. Como le escribió a Gilder (W 8, lxxiii), “(...) es mi primer intento en la línea de la escritura, fuera de la discusión científica y filosófica; por lo tanto, es importante y fascinante para mí”. No obstante, a la hora de escribir su relato, había una motivación más profunda: el intento de expresar algo que le impresionó mucho, el recuerdo de un viaje que le emocionó. Hay en el relato de Peirce un fuerte componente sentimental. Algunos años más tarde, en una carta a Lady Welby (1906), Peirce afirma que había escrito su historia “como un experimento para probar cierta teoría psicológica mía (...). Lo que me proponía era reproducir el efecto psíquico de una atmósfera peculiar, tanto meteorológica como social”. Por su parte, según Houser (W 8, lxxiii):

Uno siente que hay un factor sentimental que motiva a Peirce a ocuparse de aquel romántico y valiente episodio de su vida, una época de intensidad y confianza. La vida de Peirce, en abril de 1892, estaba al borde de la ruina y debió de ser consolador recordar un tiempo así y componer la historia, aunque fuese adornada, del joven que había sido.

El manuscrito de *Esbozos topográficos de Tesalia* (MS 1561) consta de unas 70 páginas<sup>13</sup>. La acción del relato se sitúa en

---

<sup>13</sup> Para una explicación del manuscrito y los distintos borradores véase W 8, 655-63.

torno a 1862, el año cuando el rey Otón I fue expulsado de Grecia. El protagonista se llama Kalo Kalerges: “Karolo”, “Charles” en griego, y Kalerges, tomado del famoso jefe militar griego Dimitrius Kallergis.<sup>14</sup>

Es fácil identificar a Charles Peirce con Karolo y aparecen en el relato datos que se sabe que son reales; como, por ejemplo, la visita de Peirce al monasterio de San Dionisio en el monte Olimpo. Así lo entendió el que una vez fuera amigo de Peirce, Ogden Rood; quien, al escribir a su esposa sobre la historia griega de Peirce, se refería a Karolo como a Charles nº 2 (Houser, 2010, 56). Sin embargo, se debe ser cuidadoso de no leer el escrito como si fuera un texto autobiográfico: Peirce mismo llama la atención en el título sobre los “adornos de ficción” que va a introducir.

El argumento de la historia comienza con el desembarco en Tesalia de Karolo, en la ciudad de Volos, con una carta de presentación para visitar a un gran señor. A partir de entonces, las aventuras de Karolo se suceden. Se hace hermano de sangre de un griego llamado Maurokordato. Visita Larisa y, de allí, parte a una expedición por las montañas, donde es apresado por unos bandidos. En un raptó de locura o “sentimentalismo”, se une a ellos y participa en un ataque. Toma como prisionera a una mujer viuda, Rosana, de la que se enamora y le propone matrimonio; aunque finalmente descubre que el marido de Rosana —a quien ella misma creía muerto en una emboscada— está vivo, por lo que Karolo decide partir.

---

<sup>14</sup> Dimitrius Kallergis (1803–1867), militar y político griego que participó en la guerra de la independencia de Grecia y en la revolución de 1843; la cual, a su vez, llevó a la adopción de una constitución. Kalerges recibió el título de “Gran ciudadano de Grecia”, *The Mirror of Literature, Amusement, and Instruction*, Vol. 1, 1847, 45–49; tomado de W 8.

La versión final del relato acaba en el barco que le lleva lejos, enfermo de amor y de nostalgia por lo vivido en esas tierras. Por su parte, en la primera versión, Karolo, todavía errante, se encuentra dos años más tarde en Viena con Rosana, con gran sorpresa y alegría. Después de tratar la cuestión del matrimonio, Karolo compra una casa en Praga y se casa con ella en el tren que les lleva hacia allí, donde se establecen con alegría y dicha.

En una carta a Sarah Mills Peirce del 2 de septiembre de 1870 (L 341), Charles Peirce recuerda que, en el prefacio de su relato, pretende dar una idea del espíritu del lugar tal y como lo vio, el más bello y fascinante en el que nunca había estado; un lugar que despertó como ningún otro su imaginación. Peirce quería mostrar esa tierra apenas segura (Carta a James Mills Peirce, 25 de agosto de 1870, L 339), bajo el dominio de los turcos y carente de un sistema ferroviario (Carta a Victoria Lady Welby, 9 de marzo 1906, L 463), y donde se las tenía que arreglar sin hablar ninguna lengua conocida y sin saber cabalgar (siendo el caballo el único medio de transporte disponible).

En la historia de Peirce (Carta a Victoria Lady Welby, 9 de marzo 1906, L 463), aparece reflejada una tierra que, para él, tenía sabor mítico: aparecen elementos como el Olimpo con su magnificencia, una montaña imponente, símbolo del poder de los dioses sobre los hombres; aparecen sentimientos como el amor o la lealtad que Peirce pudo experimentar por los griegos, personas que le parecían audaces y exuberantes, gentiles y melancólicos, extraños pero simpáticos por naturaleza. Aparece igualmente el carácter honorable y respetable de los turcos, que eran gente agradable, honesta, limpia y solemne, pero con vicios muy diferentes de los nuestros, brutales y poco fiables (Carta de C. S. Peirce a Sarah Mills Peirce, 2 de septiembre de 1870, L 341).

Además, aparecen los *klepths*, los bandidos rapaces y asesinos, aunque también hospitalarios y dulces. Todo esto da lugar a que se planteen cuestiones como la ética de las acciones o la interculturalidad.

El punto de partida es precisamente una experiencia que Peirce quiere expresar, algo que vivió, una peculiar manera suya de captar la realidad exterior. Él quiere reproducir el efecto incluso físico que provocaron en él esos lugares y lo hace por medio de un texto de ficción; de una historia en la que introduce unos personajes y unos hechos inventados, porque lo que quiere reflejar no son datos; sino cualidades y sentimientos. Así lo explica el mismo Peirce en su prefacio (MS 1561, 1892): “Para transmitir el sentimiento que, en la mente de un norteamericano, se conectaba de forma natural con este poético país (...), he recurrido a una pequeña ficción; la cual he reducido a las proporciones más pequeñas posibles, para que bastasen a mis propósitos”. Para cerrar este apartado, citamos un fragmento que da idea de lo que Peirce escribió:

De nuevo, se dirigieron hacia arriba por un camino tortuoso, con grandes extensiones de nieve muy cerca o que incluso atravesaban; extensiones que, desde lejos, resultaban indistinguibles del mármol por el que pasaban. Los picos ahora eran más frecuentes, ya que la fatiga estaba empezando a hacer mella sobre todo el grupo. Una vez más, el frasco de *raki* fue requerido. Después de otro gran esfuerzo, las tres cumbres del Olimpo, *ta tria adhelphia*, aparecieron ante la vista, solemnes, impresionantes y divinas. Finalmente, el camino se hizo menos tortuoso y sus espíritus se elevaron; aunque el frío era ahora penetrante. La cumbre, sin embargo, no se había alcanzado; aunque cada paso la traía más cerca. En esa etapa del viaje, las

colinas distantes de Calcidia aparecían adelante y, un instante después, lo hacían las aguas del Golfo Termaico. Se alcanzó la cumbre del paso y se completó la ascensión. Los hombres se tiraron sobre las rocas que estaban dispersas por aquí y por allí, sobre una plataforma de mármol tan plana como un suelo. Pusieron a la mujer dentro de un pequeño refugio de piedra que estaba cerca, en el que podría descansar protegida del viento. Los hombres yacían mirando hacia abajo; hacia donde se extendían, por un lado, todo el Egeo y sus islas y los tres promontorios unidos a Tracia, con Salónica bastante cerca. Hacia el otro lado, se podía ver Pelasgia, con Larisa, Trikale Elassin y un centenar de pueblos, y Pindo con Epiro más allá y una línea que podría ser el Golfo Jónico. Pero vieron todo esto sólo durante unos minutos, ya que pronto notaron un oscurecimiento: primero, sobre la vista marina y, luego, sobre el paisaje interior. La oscuridad pronto se hizo más densa y, en menos de veinte minutos, unas nubes opacas a sus pies taparon completamente todas las vistas de tierra habitable, aunque el cielo estaba tranquilo por encima y el sol mandaba confortables rayos cálidos. El efecto fue imponente. Todo se elevaba a sus pies. Habían dejado atrás la morada de los hombres y estaban en el palacio de los dioses. La plataforma de mármol parecía ser ahora un suelo en ruinas, seguramente de construcción no humana, y los bloques de mármol parecían alineados en un semicírculo. ¿Quién podía dudar de que una vez hubo sillas y de que este era el mismo lugar donde los ancianos dioses solían mantener sus consejos antes de que finalmente tomaran bajo su protección a los empiéoros y dejaran la Hélade, abandonada en su propia decadencia?

## La influencia del pensamiento griego en la filosofía de Peirce

En 1898, Peirce pone a Aristóteles como modelo del sistema que pretende construir y reconoce su filosofía como aquella que llegó a establecer los fundamentos sólidos de todo el pensamiento occidental:

Para erigir un edificio filosófico que sobreviva a las vicisitudes del tiempo, mi preocupación debe ser no tanto colocar cada ladrillo con la mayor precisión; sino que los fundamentos sean colocados de manera profunda y masiva. Aristóteles construyó sobre unos pocos conceptos elegidos deliberadamente, tales como materia y forma, acto y potencia; conceptos muy amplios, vagos y rudimentarios en sus líneas más generales; pero sólidos, inamovibles y no fácilmente socavables. Esto ha causado que el aristotelismo se balbucee en cada guardería; que el “sentido común inglés”, por ejemplo, sea completamente peripatético y que los hombres ordinarios vivan tan acogedoramente, dentro de la casa del Estagirita, que cualquier cosa que ven a través de las ventanas les parezca incomprensible y metafísica. (...) [Pretendo] hacer, pues, una filosofía como la de Aristóteles, es decir: esbozar una teoría tan comprensiva que, durante un largo tiempo venidero, toda la obra de la razón humana, –en la filosofía de cada escuela y clase, en matemáticas, en psicología, en la ciencia física, en sociología y en cualquier otra división que haya–, aparecerá como un complemento, constante y detallado, de dicha teoría (CP 1.1, 1898).

Así, en opinión de Peirce, el pensamiento griego resultaba imprescindible, para cualquiera que quisiera formarse en filosofía o tan solo ser una persona instruida, pues está en la base de nuestra civilización. En 1893 afirmaba lo siguiente:

Para ser instruido, o incluso razonablemente versado, en filosofía (tarea nada fácil) es absolutamente indispensable haber estudiado a Aristóteles y el estudio de Aristóteles puede de forma muy conveniente empezar con los dos libros de los *Primeros Analíticos*; ciertamente los más elementales de todos sus escritos. (...) Recomendaría a todo estudiante serio de lógica que aprenda un poco de griego, para así leer por lo menos los *Primeros Analíticos*, sin mucho problema. Si puede encontrar tiempo, que lea también los *Analíticos Posteriores*. Los *Analíticos Posteriores* es un monumento espléndido al intelecto humano. En todo caso, ambos tratados están en un griego muy fácil y han influido tanto en el pensamiento medieval -y, por extensión, en el nuestro- que realmente un hombre no entiende lo que se le dice en las calles hasta que los haya leído. (CP 2.445, nota, 1893).

Peirce estudia la filosofía griega desde sus inicios filosóficos. Su fuente principal y su guía era Cudworth<sup>15</sup>, a quien había leído ya en sus años de estudiante y que se puede considerar como fuente de buena parte del idealismo temprano de Peirce (Fisch, 1971, 197). Cudworth citaba regularmente las fuentes en griego o latín, o en sus propias traducciones inglesas, y se convirtió también en una de las fuentes favoritas de citas ilustrativas en las contribuciones de Peirce al *Century Dictionary* (Fisch, 1971, 197).

---

<sup>15</sup> Ralph Cudworth (1617-1688), filósofo y teólogo inglés, autor de *The True Intellectual System of the Universe* y representante del movimiento conocido como los platonistas de Cambridge. Fue uno de los primeros filósofos ingleses en publicar en su lengua nativa y en usar a Platón como una influencia central (Richards, s.f.).

Max Fisch (1971, 187-188) divide la actividad filosófica de Peirce en tres periodos: 1) El periodo de Cambridge, que abarcaría desde su lectura de la *Lógica* de Whately, en 1851, hasta su tesis sobre la lógica de relativos en 1870; 2) El periodo cosmopolita, desde 1870 hasta 1887, esto es: los años en los que Peirce se dedica a viajar por Europa y vive en París, Nueva York, Washington y Baltimore y 3) El periodo de Arisbe, desde 1887 hasta su muerte, el más largo y más productivo filosóficamente. Como se ha mencionado anteriormente, el periodo cosmopolita de Peirce, el cual incluye sus viajes por Europa y su visita a Grecia, es precisamente aquel en el que emprende la tarea de estudiar más seriamente a los griegos; mientras que, en el periodo de Arisbe, ese estudio alcanza su punto culminante y le lleva a revisar y a intentar completar su filosofía con la ayuda de los griegos.

En el periodo cosmopolita, por ejemplo, Peirce imparte durante su último año en Johns Hopkins (1883-84) un curso sobre terminología filosófica; en el que el recurso principal para los estudiantes –entre ellos Dewey y Jastrow– era la edición de la Academia de Berlín de Aristóteles. Esta edición incluía los textos griegos, las traducciones latinas y el índice monumental de Hermann Bonitz (Fisch y Cope, 1952, 369).

Por esa misma fecha, en 1883, Peirce emprende también el estudio de la ética. Para ello, comienza leyendo a los griegos. Entre otras obras, leyó la *Ética* a Nicómaco y la *Política* de Aristóteles, así como algunos diálogos de Platón. Al final, Peirce llegó a la misma solución que los griegos: fundamentar la ética en la estética (Fisch, 1971, 194). La ética debe descansar, afirma, sobre una doctrina que le ayude a determinar cuál es el “*summum bonum*” (CP 1.191, 1903). Por su parte, la estética será esa ciencia que señale el ideal último. Para definir ese ideal, Peirce acude de nuevo a los griegos. Afirma que debe ser un ideal al que nada se

someta por obediencia, costumbre o ley; sino sólo porque es universalmente deseable, porque es considerado en sí mismo como *kalos kagathos*.<sup>16</sup> Peirce no llega a decir directamente qué es la belleza o a definirla de un modo exacto. De hecho, afirma que no existe en el lenguaje una palabra con la generalidad requerida para referirnos a ella: *Kalos* en griego y *beau* en francés se acercan, dice, pero no aciertan del todo; *fine* sería un pobre sustituto; *beautiful* es mala y *beauty* le parece demasiado superficial. Se queda finalmente con *kalos* y se pregunta por la cualidad que es *kalos* en su presencia inmediata (CP 2.199, c.1902). Ese concepto de *kalos kagathos* parece ya en su relato griego: “El primero que había hablado, Thodores Maurokordhato, era un joven Zeus en belleza, sensible, entusiasta, inteligente, lleno de energía; cada leve movimiento o gesto, aunque directo y simple, evidenciaba el *kalos kagathos*”.

La respuesta que dará Peirce a la cuestión sobre la belleza en 1903 será la de una peculiar armonía. Finalmente, la belleza consistirá para él en un equilibrio, retomando así

---

<sup>16</sup> *Kalos Kagathos* es una expresión griega que significa literalmente “lo bello y lo bueno”, o “lo bello y lo noble”. Esta expresión es usada por los griegos para referirse a aquello superior, a lo mejor que el hombre puede llegar a ser, esto es: a un ideal de conducta y vida; aunque no pueda ser completamente encarnado. Para los griegos, el *kalos kagathos* significaba lograr la armonía de mente y cuerpo, ser inteligente y sensible, valiente en las batallas y buen ciudadano. El *kalos kagathos* implicaba actuar honorablemente, apreciar la belleza y aspirar a aquello que se busca por sí mismo. Aristóteles afirma en su *Ética a Eudemo*: “un hombre es noble porque posee aquellos bienes que son buenos por sí mismos y porque realiza acciones buenas por sí mismas (...). La nobleza [*kalos kagathos*] es el bien perfecto” (libro VIII, sección 1248b). Peirce retoma el término *kalos kagathos* para referirse a un ideal que ha de encarnarse. Esta expresión supondrá para él, como para los griegos, la necesidad de alcanzar un equilibrio entre lo material y lo espiritual.

la idea antigua de *kalos* como proporción y armonía. Para ser estéticamente bueno, un objeto debe tener “una multitud de partes relacionadas la una con la otra, de tal modo que comunique una cualidad simple, inmediata y positiva a su totalidad” (CP 5.132, 1903). Por consiguiente, lo bello es algo particular que despierta esa peculiar emoción, una especie de simpatía intelectual cuyo objeto es lo *kalos*. En lo bello, se atiende a la totalidad resultante, la percepción de un sentimiento que uno puede comprender porque ha sido expresado; un sentimiento razonable, algo perteneciente a la categoría de representación, aunque se represente algo de la categoría de lo sensible (EP 2,190).

Es en el periodo de Arisbe –que Fisch llama así en referencia al nombre griego de la casa donde Peirce vivía con Juliette<sup>17</sup>– cuando el filósofo norteamericano profundiza más en los griegos y cuando llega a ser un gran conocedor de su pensamiento. Aristóteles será precisamente el que abre el camino (Fisch, 1971, 194). Peirce consideraba que, hasta entonces, había estudiado poco a Aristóteles; o, más bien, que había leído algunas cosas de Aristóteles demasiado pronto como para sacar provecho de ellas (MS 606, p. 24). Llegó a estudiar a fondo las categorías aristotélicas:

De las de Aristóteles, dice haber dedicado a su estudio lógico los dos años más laboriosos y apasionados de su vida; a pesar

---

<sup>17</sup> Los recuerdos de la *Iliada*, que Peirce había leído en la universidad, perdurarían. Recordaría los grandes pasajes sobre Asio de Arisbe (ciudad a la orilla del río Seleente), líder de los aliados troyanos. William Everett, su compañero de Harvard, asoció con Asio el Arisbe de Peirce cuando le escribió en 1893 (MS L 136): “Admiro mucho el nombre de tu casa. Asio de Arisbe, el feroz pastor de caballos, siempre fue uno de mis favoritos de la *Iliada*”.

de no haber podido llegar a ninguna aserción al respecto. Le valora haber explicitado dos modos de ser -potencia-acto y sus análogos, materia-forma-; pero, más aún, haber vislumbrado en la 'entelequia' un tercer modo de ser que lamentablemente no desarrolla. (Restrepo, 1993, 76-77)

Estudió también la silogística aristotélica, la cual le llevó a apartarse de Kant y a acercarse al pensamiento clásico:

Los estudios que Peirce hizo sobre Aristóteles y los escolásticos lo llevaron a apartarse de Kant. En cuanto a la procedencia aristotélica de los tres modos de inferencia que acepta, esta es señalada por el propio Peirce. De hecho, da por sentado que los tres modos se encuentran en los *Analíticos Primeros* del Estagirita" (Beuchot, 1998).

Por lo tanto, Peirce estudió a Aristóteles con intensidad, hasta el punto de que, para 1894, afirma lo siguiente: "he leído y pensado más sobre Aristóteles que sobre cualquier otro hombre (MS 1604). Afirma incluso haber detectado dos errores en el libro II de los *Primeros Analíticos* (CP 7.248-49, 1901).<sup>18</sup>

---

<sup>18</sup> Peirce demuestra su dominio sobre esas obras aristotélicas cuando afirma sobre ellas: "Yo las leería en la edición de Berlín, y si se quieren notas no puede haber nada mejor que la *scholia* griega que ahí se da. Además, comprando esa edición tienes la ventaja de tener el índice constantemente a mano, y es diariamente de inestimable valor". Después continúa: "La edición del Organon de Waitz es buena; y Beitrage, De Anima de Trendelenburg y el pequeño compendio [Elementa Logices Aristotelae] son muy valiosos. Hay un pequeño compendio fundamental [Outlines of the Philosophy of Aristotle] de Wallace, y el Aristoteles de Grote tiene mérito. Pero Grote es terriblemente parcial. De hecho todos los comentaristas modernos tienen fuertes inclinaciones" (CP 2.445, nota, 1893).

En la época de Arisbe, Peirce desarrolla también una nueva interpretación de la vida de Tales (MS 1604), estudia la vida de Pitágoras y la califica como “la más sublime de todas las biografías humanas” (Peirce, 1892). Asimismo, él trata también sobre cuestiones de la filosofía griega en “*On the Logic of Drawing History from Ancient Documents, Especially from Testimonies*” (MS 690; CP 7.164-255). Más adelante, a razón de la edición de un libro de Lutoslawski (1897) sobre Platón, Peirce hace sus propias traducciones de algunos diálogos, se ocupa del problema de su cronología, aplica métodos matemáticos a los datos de Lutoslawski y modifica sus conclusiones en algunos aspectos. Llega a considerar el *Teeteto* y *Parménides* como las más grandes obras de Platón e incluso intenta escribir sus propios diálogos a la manera de Platón (CP 6.349-352, c.1902).

Peirce desarrolla sus propias categorías, a las que denomina “cenopitagóricas” en homenaje a Pitágoras: “cenopitagóricas porque, como las pitagóricas, estas categorías son esencialmente números; sin embargo, no son ni pitagóricas, ni neopitagóricas, sino más bien llenas de frescura (*Χαίβο*)” (Fabbrichesi, 1992, 129). A su pragmatismo revisado también llega a denominarlo en una ocasión “cenopitagórico”. Otro ejemplo del interés peirceano por la filosofía griega sería el tercer borrador para un capítulo sobre ética en la *Minute Logic*, escrito alrededor de 1902. Este borrador contiene su discusión más larga sobre la filosofía griega y en donde se revisa teorías sobre el bien. Asimismo, Peirce reexamina los diálogos platónicos en un espacio de doscientas páginas.

También la aproximación evolutiva y cosmológica del pensamiento de Peirce tienen su deuda con la filosofía griega: se mueve desde el azar absoluto de Epicuro –de quien pensaba que era “más moderno que cualquier otro pensador de la antigüedad”– hacia la espontaneidad aristotélica (Fisch, 1971, 193):

Si piensa que lo mensurable es todo lo que hay y le niega cualquier tendencia definida, desde un lugar hacia otro, entonces está considerando que el par de puntos que componen el absoluto son imaginarios y es un epicúreo. Si sostiene que hay un rumbo definido en el curso de la naturaleza como un todo, pero cree que su fin absoluto no es sino el Nirvana del que parte, hace que los dos puntos del absoluto coincidan y es un pesimista. Pero si su credo es que todo el universo se va aproximando en el futuro infinitamente distante a un estado que tiene un carácter general, distinto a aquel hacia el que miramos en el pasado infinitamente distante, entonces hace que el absoluto consista en dos puntos realmente distintos y es un evolucionista. (CP 1362, c.1890)

A pesar del debate que ocupaba los círculos de Harvard, Peirce nunca se adhirió al darwinismo. Como filósofo, buscaba más bien generalizar el concepto de evolución y, alrededor de 1884, encontró la manera por medio de su noción de hábito (Fisch, 1971, 195-96), el cual tenía tintes aristotélicos:

Por medio de su concepción de “hábito”, Peirce logró recuperar y generalizar una noción de causación física arraigada en el aristotelismo medieval. Según esta posición, las entidades y procesos naturales vienen provistos de disposiciones o tendencias causales que los llevan a actuar reiteradamente de una misma y definida manera; toda vez que acontecen circunstancias de índole específica. (...) Peirce generaliza esta concepción de disposición causal mediante su noción de hábito, concebida como una tendencia auto-generalizante. (Fernández, 2015)

Todo evolucionismo, afirma Peirce, “debe finalmente restaurar la idea rechazada de ley como una razonabilidad energizante en el mundo (...) que pertenecía a la metafísica esencialmente evolutiva de Aristóteles, así como a las modificaciones escolásticas de Escoto y Tomás de Aquino” (EP 2, 72).

Por lo tanto, puede decirse, tal y como sostiene Max Fisch, que Peirce –y en particular su pensamiento maduro– tiene una estrecha conexión con el pensamiento griego:

Las conexiones entre la filosofía madura de Peirce y la de Aristóteles esperan una monografía. (...) Las revisiones de su filosofía durante su periodo de Arisbe y sus intentos de completarla fueron motivadas y ayudadas por el estudio de Aristóteles, Epicuro y Filodemo, Platón y los primeros cosmólogos; en ese orden de importancia y en maneras en las que, hasta ahora, se ha prestado poca o ninguna atención. (Fisch, 1971, 203-4)

Aunque el estudio de esa conexión sin duda ha cambiado mucho desde que Fisch escribió esas palabras en 1971, todavía queda mucho por hacer.

### Conclusión

Puede afirmarse que el mundo griego tiene, en la vida, las ideas y obras de Peirce, una importancia mucho mayor de lo que parece. Su mente, como él mismo afirma en su relato, conectaba de una manera natural con ese “poético país –poético en su escenario, en su historia y en la singular mezcla de audacia y amabilidad del carácter de su población actual–”. Aunque el contacto real de Peirce con Grecia se reduce a un viaje de unos pocos días, la impresión

perduró y la influencia del lugar, de las gentes y del pensamiento griego fue mayor y más duradera de lo que a primera vista podría parecer.

Material reservado.  
Prohibida su distribución y circulación

## Referencias

- Barrena, S., Nubiola, J. (2009). Charles Peirce's First Visit to Europe, 1870-71. *European Journal of Pragmatism and American Philosophy*, I, 1, 1-18.
- Beaton, R. (2011). *A Brighter Hellas: Rediscovering Greece in the 19th Century*, Kings College. <https://kingscollections.org/exhibitions/specialcollections/greece/>
- Beuchot, M. (1998) Abducción y analogía. *Analogía Filosófica* XIII/1. <https://www.unav.es/gep/AN/Beuchot.html>
- Fabbrichesi, R. (ed.) (1992), *C. S. Peirce*. Categoríe, Laterza, Bari.
- Fernández, E. (2015) "De tendencias a propósitos: Peirce entre Aristóteles y Kant", *VI Jornadas Peirce en Argentina, 20-21 de agosto 2015*. <https://www.unav.es/gep/JornadasPeirceArgentina.html>
- Fisch, M. (1971). *Peirce's Arisbe: The Greek Influence in His Later Philosophy*, Transactions of the Charles S. Peirce's Society 7/4, 187-210.
- Fisch, M. Cope, J. (1952). Peirce at the Johns Hopkins University. *En Studies in the Philosophy of Charles Sanders Peirce*, P. Wiener y F. H. Young (eds.), Harvard University Press, Cambridge, MA, 277-311.
- Houser, N. (2010). Unabridged Introduction to W 8. <https://peirce.iupui.edu/pdf/W8UnabridgedIntroduction.pdf>
- Lutoslawski, W (1897) *The Origin and Growth of Plato's Logic. With an Account of Plato's Style and the Chronology of His Writings*. Longmans, Green, London, 1897.
- Palmer, G. H. (1891). *Reminiscences of Professor Sophocles*. Atlantic Monthly 67, 779-88.
- Peabody, F. W. (1935). *Harvard in the Sixties, a Boy's Eye View; Some Reminiscences Contributed to the Cambridge Historical Society at its Meeting of March 12, 1935*, Harvard University.

- Peirce, C. S. (1931-58). *Collected Papers, vols. 1-8*, C. Hartshorne, P. Weiss y A. W. Burks (eds.), Harvard University Press, Cambridge, MA. Versión electrónica de J. Deely, Charlottesville, VA: InteLex. (CP)
- Peirce, C. S. (1992-98). *The Essential Peirce. Selected Philosophical Writings*, vols. 1-2, Peirce Edition Project (eds.), Indiana University Press, Bloomington. (EP)
- Peirce, C. S. *On the Logic of Drawing History from Ancient Documents, Especially from Testimonies*, MS 690; CP 7.164-255. <https://www.unav.es/gep/LogicOfDrawingHistory.pdf>
- Peirce, C. S. (1902) Topographical Sketches in Thessaly, with Fictional Embroideries. MS 1561. <http://www.unav.es/gep/thessaly.html>.
- Peirce, C. S. (1978). *Charles S. Peirce Papers*, 32 rollos de microfilms de los manuscritos conservados en la Houghton Library. Harvard University Library, Photographic Service, Cambridge, MA. (MS)
- Peirce, C. S. (1979). *Correspondencia de C. S. Peirce*, citada según la ordenación de R. Robin, Annotated Catalogue of the Papers of Charles S. Peirce, University of Massachusetts Press, Amherst, MA. (L)
- Peirce, C. S. (1892) *Pythagorics*, *The Open Court*, 6, 3375.
- Peirce, C. S. (1982-). *Writings of Charles S. Peirce: A Chronological Edition*, vols. 1-6 y 8, M. H. Fisch et al. (eds.), Indiana University Press, Bloomington, IN. (W)
- Rapti, V (s. f.) *Program of Modern Greek Studies*. <https://moderngreek.classics.fas.harvard.edu/about>
- Restrepo, M. *Ser-signo-interpretante. Filosofía de la representación de Charles S. Peirce*, Significantes de Papel, Bogotá, 1993.
- Richards, M, C (s.f.). "Ralph Cudworth", *Internet Encyclopedia of Philosophy*. <https://iep.utm.edu/cudworth/#H5>
- Shelley, P. B. (1821), *Hellas*. <https://kingscollections.org/exhibitions/specialcollections/greece/the-philhellenes/shelley>